

Relaciones histórico-culturales entre España y la República Checa. (La Edad Media)

PAVEL STEPÁNEK

1. *La Dama de Elche y el hallazgo de Roudnice*

Al entrar en el tema de las relaciones histórico-artísticas y culturales checo-españolas, se nos plantea una sorprendente pregunta: ¿Llegó algún ibero hasta Bohemia? ¿Es posible que existieran relaciones culturales entre nuestros países en tiempos tan remotos? ¿Y por qué se nos ocurre pensar en ello? La idea ha surgido al observar una de las más bellas muestras del arte hispánico antiguo-ibérico: la famosa Dama de Elche. Esta obra que cautiva por la talla plana de sus formas, el plegado rígido y anguloso, el hieratismo dominante y su estatismo majestuoso, está instalada hoy en el Museo Nacional Arqueológico de Madrid. Es conocida también por los checos, ya que es una obra del arte hispánico reproducida con mayor frecuencia en publicaciones artísticas. No voy a describir y tampoco elogiar la indudable belleza de la Dama de Elche, aunque lo merezca. Me fijaré en una cosa: en el primero y el segundo de los tres collares que lleva la Dama de Elche cuelgan unas anforitas que miden unos 5-6 centímetros, imitando recipientes para perfumes de igual o menor tamaño.

¿Por qué las menciono? Una anforita de oro, similar o casi exacta por su elaboración y tamaño está depositada hoy en el Museo Nacional de Praga, donde llegó un hallazgo arqueológico de la ciudad checa de Roudnice nad Labem, Bohemia Septentrional. Sobre esta ciudad, así como sobre el castillo de Roudnice tendremos la ocasión de hablar en

uno de los próximos programas, porque nos interesaremos por una gran colección de pintura española. Pero volvamos a la mencionada anforita de oro hallada en Roudnice o de sus alrededores más inmediatos. A diferencia de la Dama de Elche que tiene un gollete más alto y la tapa está rematada por una figurita de pájaro. La panza de la ánfora está decorada con un león en relieve, un ornamento floral y la superficie restante está rellena con la granulación. Algunos motivos orientales que se ponen de relieve tanto en la Dama de Elche, como en la ánfora de Roudnice y, sobre todo, el remate con la figurilla de pajarito, se muestran como primordiales asimismo en el arte ibérico que, a su vez, debe estos motivos a los fenicios. Las figuritas de pájaros como remate de decoraciones, sobre todo colgantes, se muestran en el arte ibérico ya muy temprano, del siglo 7 al 6 antes de Jesucristo. La Dama de Elche, por lo general datada del siglo IV antes de Jesucristo, está influida por el arte helénico. Y del mismo tiempo parece provenir la anforita de oro de Roudnice, a la cual, siendo de atención aislada y sin analogías en el territorio checo, era imposible de datar con seguridad. Y en este momento vuelve a surgir la sorprendente pregunta: ¿Llegó algún ibero hasta Bohemia? ¿Cómo este hallazgo, aislado y único, de origen mediterráneo, pudo llegar hasta Europa Central?

Teniendo en cuenta esta pieza única, se me ocurre una idea, de si los celtas que se mezclaron con los iberos no fueron los que hubieron mantenido contactos con Bohemia, cuyo nombre, utilizado hasta la actualidad, es derivado de una tribu de los celtas, los boios. Hay muchos oppidum (lugares de los celtas) en Bohemia, por ejemplo Stradonice, Zvast, Hrazany, Trisov y otros, como Lhotice, Hradisko y Hostyn que más tarde llegó a ser un lugar de peregrinación. La pregunta no la podemos contestar nosotros. Y tampoco la contestó el autor que intentó difundir, hace ya mucho tiempo, dicha anforita pero tratándose de una revista local y de pocos lectores, quedó absolutamente olvidada. La respuesta quizá nos la darán una vez las futuras investigaciones arqueológicas checo-españolas y un minucioso examen formal e histórico de las evidentes coincidencias.

2. *El testimonio de Ibrahim Ibn Jacob sobre Praga*

Praga, capital de Bohemia, es, sin duda alguna, una de las principales ciudades europeas desde su fundación de fecha poco precisa. Y este puede decirse hablando tanto desde el punto de vista artístico como comercial. El comercio se concentraba, desde los tiempos más remotos

hasta 1774, en el patio de las casas llamadas Tyn, detrás de la iglesia de Nuestra Señora de Tyn, cerca de la plaza de la Ciudad Vieja hasta ahora existente (y que en estos días se está restaurando para realizar en este recinto un parador nacional), que en latín se llamaba curia hospitum mercatorum, lo que significa en español «patio de los huéspedes». Estaba enclavado en la convergencia de lejanas rutas seguidas por mercaderes de diverso origen. Allí, los mercaderes extranjeros se sometían al control del príncipe de Praga, allí se pesaban, almacenaban y medían las mercancías procedentes de lejanas tierras y se pagaba arancel. Allí también se hacía efectivo al príncipe de Praga el tributo por la protección de las caravanas.

Entre los incontables mercaderes que llegaban a Praga apareció ya en el año 965 uno que venía de la Península Ibérica y que se llamaba Ibrahim Ibn Jacob, sin duda un hombre de relevante personalidad, pues escribía un diario de viaje, conservado hasta nuestros días a través del manuscrito árabe Al Bekri. En su diario, Ibrahim Ibn Jacob describe detalladamente el ambiente del mercado y de la ciudad de Praga.

Como otros tantos comerciantes, también Ibrahim Ibn Jacob llegó a Praga en busca de ganancias, pero su visión global de los hechos fue mucho más amplia que la de sus colegas, hombres de estrechas miras. Este «español» era dotado de capacidad de observación, por lo cual su pluma nos dejó un testimonio muy interesante del abigarrado mundo mercantil de Praga. Nos dejó la impresión tan viva de que hasta nosotros podemos oír la voz cantante comerciante «rusos, eslavos, mahometanos de Turquía, judíos y otros». Ibrahim describió la producción de sillas de montar y arreos, así como la de escudos u rodela, enumerando asimismo las tres mercancías principales del mercado de Praga: esclavos, estaño y pieles finas. Parece que este enviado del califa de Córdoba con la misión a tierras aun más lejanas (describió también la ciudad polaca de Cracovia), se dedicó precisamente al comercio con los esclavos, pues muestra un gran conocimiento del asunto. Habla en su diario también de «pañuelos de vaporoso tejido», con los cuales los pequeños mercaderes de Praga pagaban trigo, esclavos, caballos, oro y plata.

La descripción que Ibrahim Ibn Jacob hace de Praga y sus elogios de la ciudad «construida de piedra y cal y poseedora del más rico comercio», así como de toda Bohemia, «la mejor tierra nórdica», como dice expresamente, tienen además la virtud de ser el primer testimonio de un extranjero acerca de la grandeza e importancia de la ciudad de Praga, llamada a la sazón también Fraga, como la Fraga aragonesa.

Así que nosotros, los checos, estamos agradecidos a un ciudadano español, mejor dicho, de la Península Ibérica, que nos dejara el primer

testimonio sobre nuestra capital. Pro también encontramos en su diario unas palabras acerca de Bohemia, país de los checos, pues dice que para llegar de las fronteras hasta Praga necesitaban las caravanas de mercaderes tres semanas largas.

Lo dicho nos explica también el que en el llamado «tesoro de San Vito» que hoy se guarda en la catedral de San Vito encontramos una casulla de «San Wenceslao» que es de tela hispano-árabe, siendo un documento único, una obra de arte de tejer y la más antigua proveniente de la Península Ibérica, en nuestras colecciones.

3. *El culto de Santiago en Checoslovaquia*

Hace exactamente 100 años, en oportunidad de la «Exposición Etnográfica Checoslovaca» (1891), se publicó un censo de las iglesias y capillas existentes en los países checos (Bohemia y Moravia), cuyo resultado daba a saber que de las 6674 construcciones, 210 eran consagradas a Santiago el Mayor, el santo nacional español, situándose en el octavo lugar. Y tantas, o mucho más, eran las representaciones artísticas del personaje. La mayoría de estas consagraciones datan de los siglos XII y XIII, por lo cual representan interesantes lazos entre España y un territorio tan apartado como era en aquella época la actual República Checa, el Reino de Bohemia. Este nombre, símbolo de la lucha de los españoles contra los moros, aparece ya en la primera crónica checa de Cosmas, en 1124.

Otra crónica anónima, llamada del Canónigo de Vysehrad nos describe la victoriosa batalla de los checos cerca del poblado de Chlumec (1126) que tuvo lugar bajo el principado de Sobeslao I. Según dice nuestro informador, en la batalla se mostró, por encima de los combatientes bohémicos, el Santo patrón nacional checo, el príncipe Wenceslao, montando un caballo blanco y vistiendo un traje claro. Este hecho, aparte del simbolismo general del blanco debe relacionarse sin duda a la leyenda de la batalla de Clavijo (834) que nos dice que Santiago apareció así guiando a la victoria a los españoles contra los moros.

La expansión de su nombre como santo titular de iglesias en Bohemia se debe a la expansión de poblaciones checas desde el centro del país hasta la frontera actual, sobre todo a fines del siglo XII, y a principios del XIII. A veces hasta poblaciones enteras recibían el nombre de Santiago, como por ejemplo Svaty Jakub (Santiago) cerca de la ciudad minera de Kutná Hora.

Tuvo una enorme influencia la intensa preregrinación que en aquel

entonces y más tarde se dirige a la ciudad española de Compostela, si bien es verdad que las fuentes históricas existentes en la República Checa no ofrecen abundantes menciones en ello. Tenemos conocimiento de que el obispo praguense Enrique Bretislao, descendiente de la dinastía checa premislita gobernante, emprendió una peregrinación a Compostela española el año 1192. (Otro peregrino compostelano queda documentado por las fuentes que datan cien años menos, quien pidió su autorización al obispo de Praga Tobías de Bechyné, para poder emprender el largo viaje.) Otro interesante testimonio, viene de la época de las incursiones de los tártaros, cuyo ataque en 1241 puso en peligro nuestras tierras (Bohemia y Moravia). Corrieron entonces rumores de que «dicha gente se dirigía a la tumba de Santiago en Compostela con objeto de devolver su cuerpo al Oriente»; entonces llega a emprenderse una misión de los Caballeros de Santiago a Bohemia, encargada de realizar una suscripción pública para fines de la Orden. Ya en el siglo XIV, se ordenaba el camino de Santiago como castigo o mejor, como penitencia a algunos señores, como por ejemplo a Oldrich de Brandys en 1312. Y el emperador del Sacro Imperio Germano-Romano Carlos IV se proponía hacer una cruzada a través de los Pirineos, pero se vio obligado a abandonar esta idea cuando su padre enegó. Al decir de un historiador checo, «... las peregrinaciones hacia Compostela para ver la tumba de Santiago adquirieron carácter de una inundación jamás vista y casi morbosa, de manera que se hablaba (claro, exagerando), de millones de integrantes y por el mundo corrían cuentos asombrosos sobre los milagros fenomenales ocurridos en ellas». Es famosa la misión del rey Jorge de Podebrady en 1465 «al fin del mundo», es decir a Santiago y al cabo de Finisterre. Dos de los participantes, Lev de Rozmítal y Borita de Martinice ingresaron en la Orden de los Caballeros de Santiago; su distintivo particular fue llamado aquí «emblema hispano».

La apasionada atmósfera de la lucha secular sostenida en la Península por motivos nacionales y religiosos, simbolizada por la figura de Santiago, llegó a reflejarse en Bohemia también después del cambio de la dinastía reinante, cuando, en 1526 los checos eligen rey a Fernando I, hermano del rey español y emperador Carlos V.

En 1607, los españoles residentes de Praga y sus amigos checos, festejaban la fiesta del santo (Santiago) en el mes de julio en su embajada de Praga, donde hoy se encuentra el palacio Wallenstein, de tal manera, que sus fuegos artificiales produjeron incendio en casas vecinas.

Aún en el período barroco aparece de vez en cuando una nueva iglesia o construcción ligada al culto de Santiago, comenzando por el propio general Wallenstein quien mandó construir en su residencia de Jicin una,

muy importante por haber sido el primer edificio ejemplar derivado en Europa Central, de la arquitectura manierista italiana. Pero, como hemos observado, los más intensos contactos ligados a la leyenda santiaguista se conservaron en los países checos de la Edad Media.

4. *La astrología de Alfonso el Sabio en Bohemia*

En busca de los contactos checo-españoles a través de los siglos centraremos hoy nuestra atención en los cultivados en una esfera de la actividad humana, un poco apartada y ajena al modo de pensar moderno, pero muy en boga en la Edad Media, pero que recientemente ha vuelto a resurgir sus cenizas como el Fénix, es decir, en la astrología. Este arte de predecir el porvenir por la observación de los astros se cultiva principalmente en las cortes reales, incluyendo la de Praga. Las primeras huellas nos llevan hasta el siglo XIII, a los días de gobierno del fuerte Estado de los últimos reyes de la dinastía checa de los Premislidas.

La astrología aparece en la corte de Premysl Otakar II como un fenómeno acompañatorio de las grandes ambiciones de poder de este rey checo. La posición que Otakar ocupó en el conjunto de los reinos que formaban el sacro imperio medieval, era similar a la de Alfonso el Sabio de Castilla, lo cual aproximaba mutuamente a los dos monarcas. Premysl Otakar apoyó dos veces la aspiración alfonsina al trono imperial. Es muy probable que recibiera de ese monarca español los primeros instrumentos y manuscritos astrológicos, pues también en España la astrología estaba muy en boga.

El sucesor de Premysl Otakar, el sabio rey Wenceslao II llamó a Praga a varios astrólogos españoles, a uno de los cuales le conocemos por su nombre: se llamaba Alvaro de Oviedo y era oriundo de Toledo. Su actividad en Praga se desarrolló entre los años de 1290 y 1311. Con la actividad de dichos astrólogos están ligados los primeros manuscritos conservados, entre ellos el Códice de la biblioteca del Hospital de Cues. Las notas marginales de estos manuscritos contienen, en breve, la interpretación astrológica de la historia del reino checo y en parte de todo el Imperio en torno a 1300. Por ejemplo, se alude allí la constelación favorable, durante la cual se había celebrado la famosa coronación de Wenceslao II en 1297 o la interpretación astrológica del fin trágico de la dinastía de los reyes checos Premislidas bajo la influencia de Saturno: el último varón de ese linaje, Wenceslao III fue asesinado en 1306 en Olomouc.

El alto nivel de la astrología en la corte de Praga está comprobado no solamente por una cantidad considerable de escritos árabes incluidos en dichos manuscritos, sino ante todo por el sobresaliente nivel de los instrumentos, por ejemplo vale la pena mencionar la torqueta y el globo celestial, cubierto de diseños grabados en Praga por el año 1300. Las formas de algunas constelaciones en el globo —Perseo, Andrómeda, Kassiopea— ponen de manifiesto que en Praga se utilizaban como modelo no solamente manuscritos iluminados árabes o sus copias españolas, sino también era conocida la tradición de la antigüedad clásica tardía, influenciadas sólo ligeramente por el pensamiento del Islam.

El cultivo de la astrología culmina, al parecer, durante el reinado del rey checo Wenceslao IV, quien gobernaba en los años 1378 a 1419, habiendo heredado aquella pasión de sus antepasados. De esta época culminante de la astrología en la corte checa se han conservado manuscritos que comprueban los contactos checo-españoles en aquella esfera. Fijemos nuestra atención, por ejemplo, en el manuscrito del llamado «códice astrológico» de Wenceslao IV, en el cual, en el folio 34, aparece una iluminación a toda página muy interesante. En la letra inicial aparece el propio rey Wenceslao IV sentado junto a una mesa de escribir, apuntando números, resultados de su observación del instrumento astronómico que lleva en la mano, según reglas explicadas en las llamadas tablas alfonsíes. Toda la página está bordeada de pequeñas escenas simbólicas que completan la magnífica visión policroma. Dichas tablas aparecen en el manuscrito fechado en 1392, habiendo sido utilizadas para contar el movimiento de los planetas. Surgió probablemente en la mitad del siglo XIII en el centro astronómico de Toledo.

5. *Desde Bohemia hasta el fin del mundo*

Bajo este título conocemos un diario de viaje, escrito en el siglo XV por Václav Sasek de Birkov, adaptado en el siglo XX por uno de los más famosos escritores checoslovacos, Alois Jirásek, gracias a quien este diario de viaje no corrió la suerte de muchos escritos similares, la de caer en el olvido absoluto. Este libro apareció en su versión checa y más tarde en su traducción latina como testimonio del viaje a los países de la Península Ibérica, a través de Europa, del noble checo Lev (Leo) de Rozmitál con su séquito. Dicho caballero, cuñado del rey de Bohemia Jorge de Podebrady, no hizo el viaje sólo para conocer otras tierras, ni para cobrar fama en el extranjero ostentando su valentía caballeresca, según era costumbre en la época, sino que encabezaba una gran misión

diplomática enviada en 1465 a Europa Occidental por el citado rey Jorge con el fin de propagar en los respectivos países la idea de la paz, de la solución de los problemas existentes mediante negociaciones y no haciendo uso de armas.

En suma, una misión de buena voluntad que, además, se proponía paralizar los rumores infundados sobre Bohemia, y, aprovechando la situación, alcanzar resultados diplomáticos prácticos.

Tanto más es interesante el viejo libro, porque es escrito, como diríamos hoy, desde abajo, por uno de los miembros del séquito, Václav Sasek, quien cuenta sus impresiones y sucesos experimentados en España y Portugal, así como las numerosas aventuras y avatares que vivieron los participantes del viaje.

Así, nos encontramos frente al itinerario más antiguo y vasto que conocemos de un checo llevado a cabo en España. Realmente fue un viaje muy largo y difícil, todo hecho a caballo. La misión visitó Alemania, Inglaterra, Francia, Burgundia e Italia. En España visitaron Burgos, Segovia, Medina del Campo, Salamanca, Santiago de Compostela, Badajoz, Toledo, Madrid, Zaragoza, Lérida, Barcelona, Gerona y toda una serie de ciudades y poblados de menor importancia. Naturalmente, debió de haber sido un viaje que exigía de sus participantes demostrar su valentía, fuerza, tesón y habilidad, pues él duró desde noviembre de 1465 hasta la primavera de 1467.

La descripción de los lugares y ciudades no es muy larga, pero el cronista caracteriza minuciosamente las curiosidades, iglesias, conventos y hasta estatuas, registrando a la vez una serie de leyendas relacionadas con determinados lugares. Excepcionalmente presta más atención y espacio a algún monumento, por ejemplo, el palacio real de Segovia que describe con bastante minucia y detalle, o por algún cuadro en Zaragoza que a nosotros no ha llegado, de modo que es un testimonio único acerca de él y de la veneración que se le daba, y también nos hace graciosas observaciones empleando expresiones patéticas, no olvidando, por ejemplo, informarnos que las murallas se pierden en el verdor de la hiedra.

Ahora bien, camino a Santiago, llegaron hasta el Cabo de Finisterre que en aquel entonces se tenía por el fin del mundo. En la versión moderna de Jirasek podemos escuchar lo que dijo el ya viejo abuelo Václav Sasek de Birkov a sus nietos:

«Unos treinta años después que visitamos nosotros España, zarparon varios barcos al Occidente por aquel mar desconocido y llegaron a la tierra firme. Y ahora, como se dice, van allí sin cesar; y se hallan tras ese mar abundantes islas y tierras llenas de oro, piedras preciosas,

personas extrañas y raros animales, especies y hierbas medicinales. Así es que ahora, Finisterre ya no es el fin del mundo. Pero yo aún estuve allí.»

6. *Un escribano castellano zurdo del siglo XIV*

Cada manuscrito medieval representa para especialistas un importante testimonio de una época. Su interés literario y artístico, científico y paleográfico es aún mayor si se trata de un libro tan importante como es el *Doctrinal de Caballeros*, firmado además por su iluminador y escribano: Rodrigo de Oviedo.

No parecería nada extraño, pero aumenta el interés el que dicho manuscrito es muy poco conocido y, por ende, que se conserva en el Archivo Central de Estado de Praga, ofreciéndonos un tema más sobre las relaciones culturales checoslovaco-españolas. La firma, que son tantos trazos decorativos recuerda el aspecto de las plumas que el mismo escribano utilizaba, además de ser pintoresca, dice: «El Escribano Rodrigo de Oujedo (Oviedo) lo escrebio et acabo con lammano ezquierda y lo ilumino».

Si bien es interesante esta circunstancia, parece natural que Rodrigo de Oviedo se jactase de haber realizado su labor con la mano izquierda, aparte de que bien pudiera ocurrir que estuviera manco o mutilado de la mano derecha, parece que era zurdo, cosa quizás no tan bastante rara en España de aquella época, pero sí es rara la jactancia con la cual el escribano Rodrigo destaca el hecho.

Pero volvamos al manuscrito: Se trata de un libro escrito en castellano, con minúsculas góticas, y en dos columnas sobre 99 hojas de pergamino fino. La encuadernación es renacentista, con motivos heráldicos, hasta ahora sin descifrar. Todo parece indicar que pertenecía a nadie menos importante que al propio embajador español ante la corte imperial de Praga, durante la época de Rodolfo II, Don Guillermo de San Clemente, un culterano culto en servicio de Felipe II y Felipe III. Es que el manuscrito ha sido encontrado en la biblioteca de los monjes agustinos llamados «negros» de la iglesia de Santo Tomás de Malá Strana, que servía de parroquia a la colonia española que en aquel entonces animaba la vida en Praga. Además, dicho personaje queda enterrado en la mencionada iglesia, en una tumba muy representativa, y además, su retrato figura en el altar de la sacristía.

Ahora bien: el manuscrito está dividido en cuatro libros, cada uno comenzando con iniciales en color rojo, que se prolongan a lo largo de las columnas con decoración muy curvilínea. En el texto hay iniciales

de menor tamaño, en las que se alteran los colores rojo y azul y, finalmente, las frases comienzan con letras coloreadas con amarillo. El color, apoyado por líneas caligráficas que se entrecruzan, forman lazos, arcos y espirales a lo largo del texto, formando arabescos muy bonitos, crea un conjunto muy armónico y vivo a la vez. La decoración no es figurativa, sólo en un caso recuerda la cola del pavo. Además se ve una cabeza con corona real puesta y una figura vestida de corta túnica y casco, con una espada y escudo, pero muy esquematizadas, así que nada dicen sobre la gente de su época.

Como el manuscrito de Praga guarda parentescos muy evidentes con algunas obras bien conocidas, entre ellas el libro de Ordenamientos de Alcalá, firmado de una manera similar por un tal Nicolás González, copista del rey Alfonso XI y de su sucesor, Pedro el Cruel, y su actividad es conocida hacia 1350, se puede decir que al manuscrito praguense, del cual les hemos hablado hoy, probablemente hubiera formado parte del citado grupo. Sin embargo, el manuscrito espera una lectura paciente de algún científico que pudiera darle la fama que, sin duda alguna, se merece.

7. *El manuscrito del rey checo Wenceslao IV en Madrid*

Hasta ahora nos hemos referido en nuestras historias de las relaciones culturales checoslovaco-españolas a los recuerdos españoles en Checoslovaquia.

Esta vez, por el contrario, hay que advertir que también existen algunos recuerdos checos en el territorio español. Uno de ellos, guardado por la Biblioteca Nacional de Madrid, es el manuscrito iluminado que se titula en latín «Tractatus de ludo scacorum» lo que traducido al español significa «Tratado del juego del ajedrez».

Aunque en el texto no encontraríamos indicación alguna sobre el posible origen, tanto las particularidades de sus signos de abreviación, así como las características de sus delicadas miniaturas, han llevado a los especialistas hacia el círculo bohemio, que tuvo su centro en Praga bajo el reinado de Wenceslao IV, de 1378 a 1419.

La importancia de este manuscrito se ve subrayada por el hecho, de que el Ministerio Español de Educación y Ciencia decidió publicarlo, hace ya veinte años, en una edición facsímil y el entonces director de las bibliotecas y archivos españoles, Luis Vázquez de Parga, copió todo el texto latino y lo tradujo al castellano, acompañándolo de un extenso comentario, en el cual se aclara, de cómo el manuscrito del rey checo

Wenceslao IV llegó a España. De ahí se puede saber, que formaba parte de la librería del Cabildo de la Catedral de Toledo, adonde llegó de la biblioteca particular del bibliófilo español, cardenal Zelada.

Si pasamos de la historia de su itinerario, a examinar su aspecto formal y a hojearlo un poco, observaremos que se trata de un pequeño volumen, dividido en ocho capítulos y acompañado de quince hermosas miniaturas iluminadas. Trata exclusiva y sucesivamente sobre la invención del juego de ajedrez; a continuación, los campos de la tabla del ajedrez se comparan con la complicada construcción de la ciudad de Babilonia; ambos lados de la tabla se identifican con reinos enemigos; se explica el papel de cada pieza desde el rey hasta el peón.

Es muy interesante la identificación de los peones con los representantes de la «clase plebeya», entre los cuales figuran el lavero, el posadero, el artesano, el campesino, el escribano, el tejedor, el comerciante y el médico; en otro capítulo se presenta una instrucción de cómo levantar campamentos de batalla, siguiendo el ejemplo de la tabla de ajedrez; se explica asimismo el significado moral de diferentes movimientos de las piezas de ajedrez, interpretándose luego dichos movimientos con estrategia militar, y, finalmente, se describe el choque armado con el enemigo según el ejemplo de los movimientos de las piezas de ajedrez. Dicho en breve, el librito aborda los fundamentales problemas de una sociedad medieval, y, sobre todo, los trata en términos altamente simbólicos y sofisticados.

Aparte de su interesante contenido, el libro da, en su versión facsímil, una sensación de autenticidad, porque las quince excelentes ilustraciones en hermosos colores están reproducidas, junto al texto, con la máxima fidelidad, incluyendo la reproducción de hasta los más finos matices y arrugas del pergamino amarillento y resobado.

Gracias a este recuerdo checo en el territorio español, los lectores pueden apreciar el elevado nivel de la iluminación gótica, la majestad de los reyes checos, así como la heráldica y también la vestimenta pintoresca de los soberanos y de sus súbditos. «El Tratado del Juego del Ajedrez» de Wenceslao IV les da la posibilidad de hacer una excursión imaginaria a un reino, que comprendía una gran parte del territorio de la actual Checoslovaquia.

Y teniendo en cuenta que en Gerona se conserva el famoso Martirologio, también realizado en los talleres de iluminación de Praga, más algún manuscrito todavía no identificado, podemos concluir de que en España sí que hay huellas de la importantísima cultura checa que en más de una oportunidad irradiaba su influencia fuera de las fronteras de este pequeño país.